
resumen Las emociones que experimentan los seres humanos juegan un papel fundamental en todos los fenómenos sociales. Por este motivo, la sociología debe incorporar el análisis de las emociones a sus objetos de estudio. Este proceso de incorporación comenzó hace tres décadas con el nacimiento de *la sociología de las emociones*. El presente artículo ofrece una visión de conjunto, introductoria y crítica, del trabajo realizado hasta ahora por los sociólogos de las emociones.

palabras clave estructura social ♦ interacción social ♦ sentimientos ♦ sociología de las emociones ♦ teoría sociológica

Introducción

Las emociones que experimentan los seres humanos juegan un papel fundamental en la dinámica de todos los fenómenos sociales. Por este motivo, la sociología debe incorporar el análisis de las emociones a sus objetos de estudio. Este proceso de incorporación, que comenzó hace tres décadas con el nacimiento de *la sociología de las emociones*, debe seguir avanzando hasta la plena integración de las emociones en la perspectiva sociológica general.

El presente artículo ofrece una visión de conjunto, introductoria y crítica, del trabajo realizado hasta ahora por los sociólogos de las emociones. Estos sociólogos nos ayudan, primero, a comprender qué son las emociones, la infinidad de estados emocionales existentes, sus diferentes tipos, y la gran complejidad de sus procesos. Segundo, nos muestran la naturaleza social de las emociones humanas, la naturaleza emocional de los fenómenos sociales, y el papel que deben desempeñar las emociones en la disciplina sociológica. Tercero, han desarrollado un conjunto de perspectivas teóricas para estudiar las emociones. Y, cuarto, han realizado análisis sociológicos de muchas emociones (miedo, confianza, vergüenza, etc.), y análisis emocionales en muchos ámbitos de la sociología (género, trabajo, organizaciones, movimientos sociales, etc.). Tras exponer estas contribuciones, el artículo ofrece sugerencias para su desarrollo futuro, lecturas básicas para quienes deseen iniciarse en este ámbito de estudio, y una bibliografía complementaria.

¿Qué son las emociones?

Todos conocemos por experiencia propia qué son las emociones y la gran importancia que tienen en nuestras vidas. De hecho, los seres humanos sólo podemos experimentar la vida emocionalmente: *Siento, luego existo*. Sin embargo, sobre la naturaleza de las emociones todavía existen muchas preguntas sin adecuada respuesta (Lawler, 1999), y esto explica la dificultad para llegar a una definición satisfactoria (Marcus, 2000: 224). La profunda complejidad que caracteriza el habitar de los *seres humanos en el mundo* queda reflejada en el amplísimo y sutil universo de nuestras emociones. Por este motivo, comprender la compleja naturaleza de las emociones humanas constituye un requisito imprescindible para el adecuado desarrollo de la sociología.

Definiciones y tipos de emoción

Denzin (2009 [1984]: 66) define la emoción como 'una experiencia corporal viva, veraz, situada y transitoria que impregna el flujo de conciencia de una persona, que es percibida en el interior de y recorriendo el cuerpo, y que, durante el trascurso de su vivencia, sume a la persona y a sus acompañantes en una realidad nueva y transformada – la realidad de un mundo constituido por la experiencia emocional'. Para Kemper (1987: 267), la definición de emoción primaria de Seymour Epstein es útil: una compleja y organizada predisposición a participar en ciertas clases de conductas biológicamente adaptativas ... caracterizada por unos peculiares estados de excitación

fisiológica, unos peculiares sentimientos o estados afectivos, un peculiar estado de receptividad, y una peculiar pauta de reacciones expresivas'. Lawler (1999: 219) define las emociones como estados evaluativos, sean positivos o negativos, relativamente breves, que tienen elementos fisiológicos, neurológicos y cognitivos. Y Brody (1999: 15) ve las emociones como sistemas motivacionales con componentes fisiológicos, conductuales, experienciales y cognitivos, que tienen una valencia positiva o negativa (sentirse bien o mal), que varían en intensidad, y que suelen estar provocadas por situaciones interpersonales o hechos que merecen nuestra atención porque afectan a nuestro bienestar.

Aunque, en la actualidad, el término general más utilizado es el de emoción, es importante distinguir entre diferentes clases de estados afectivos.

Las emociones *primarias* se consideran respuestas universales, fundamentalmente fisiológicas, evolutivamente relevantes y biológica y neurológicamente innatas. Por el contrario, las *secundarias*, que pueden resultar de una combinación de las primarias, están muy condicionadas social y culturalmente. Algunos autores incluyen entre las emociones primarias el miedo, la ira, la depresión o la satisfacción (Kemper, 1987), mientras que otros incluyen la satisfacción-felicidad, la aversión-miedo, la aserción-ira, la decepción-tristeza y el sobresalto-sorpresa (Turner, 1999: 145). La culpa, la vergüenza, el amor, el resentimiento, la decepción o la nostalgia serían emociones secundarias.

Gordon (1981: 566-7) distingue entre emociones y *sentimientos*, que según él serían pautas socialmente construidas de sensaciones, gestos expresivos y significados culturales organizados en torno a la relación con un objeto social. Lawler (2001: 326-8) distingue entre *emociones globales*, o respuestas genéricas al resultado de una interacción, involuntarias y no condicionadas por una interpretación o atribución cognitiva, y *emociones específicas*, que los actores asocian con determinados objetos y definen mediante un esfuerzo interpretativo. Kemper (1978) también distingue entre emociones *estructurales*, *situacionales* y *anticipatorias*.

Jasper (2011: 286-7) establece la siguiente tipología de emociones: *impulsos corporales*, como el deseo sexual o la necesidad de defecar; *emociones reflejas*, que son reacciones de corta duración a nuestro entorno inmediato, sea físico o social, como la ira, el miedo o la alegría; *humores*, o estados afectivos duraderos, poco intensos, que no tienen un objeto específico; y *emociones reflexivas*, sean 'lealtades afectivas', como el amor, el respeto o la confianza, o sean 'emociones morales', que implican sentimientos de aprobación o desaprobación.

En suma, podemos afirmar que *las emociones*

constituyen la manifestación corporal de la relevancia que para el sujeto tiene algún hecho del mundo natural o social. La emoción es una conciencia corporal que señala y marca esta relevancia, regulando así las relaciones que un sujeto concreto mantiene con el mundo. En su más sencilla expresión, implica tres elementos: (a) la valoración, (b) de un hecho del mundo, (c) realizada por un organismo individual.

Sin duda, el 'yo' o *sujeto sentiente* constituye la referencia central en torno a la que giran las emociones. Según Denzin (2009 [1984]) el vínculo entre las emociones y el yo es, en esencia, una cuestión de definición. Sin embargo, es evidente que la naturaleza de las emociones es relacional. La emoción concreta que sienta el sujeto dependerá de cómo perciba este sujeto las consecuencias que sobre su supervivencia, bienestar, necesidades, metas y planes pueda tener la conducta de los otros (Stryker, 2004: 3). El sujeto de las emociones no es, por tanto, un organismo o cuerpo herméticamente aislado del entorno, sino un sujeto obligado a lograr sus metas relacionándose con los otros y con las otras cosas existentes en su medio.

La complejidad de las emociones

La aparente simplicidad de las emociones humanas encierra abundantes complejidades, problemáticas y paradojas.

Las emociones sentidas por el sujeto nunca deben ser consideradas como simples respuestas mecánicas o fisiológicas a las variaciones producidas en el entorno. Tal y como han puesto de relieve diversas teorías, la experiencia emocional de un sujeto dependerá de muchos factores: de cómo valore consciente y/o inconscientemente los hechos; de a qué/quién atribuya la causa/responsabilidad de esos hechos; de sus expectativas ante la situación; de la identidad social activa en cada momento; o de la identificación del sujeto con otras personas, grupos o colectivos.

Según la *teoría de la apreciación* (Brody, 1999: 23), los seres humanos no somos meros mecanismos biológicos sentientes, sino que valoramos cognitivamente los elementos del entorno antes de experimentar o de expresar una emoción. Hochschild (1983), aplicando a todas las emociones la idea de S Freud (1948) de que la ansiedad advierte a las personas de un grave peligro para su salud mental, sostiene que todas las emociones funcionan como mensajeros para el yo, que cumplen una *función de señal*, y que por tanto son adaptativas y útiles en el largo plazo de la evolución y en el corto plazo de la interacción (Stryker, 2004). Pero además de cumplir una función de señal, las experiencias emocionales también causan un impacto y dejan una *marca*, a veces indeleble, que condiciona las futuras disposiciones del sujeto.

Según las *teorías de atribución* (Lawler et al., 2008: 523), la emoción experimentada no dependerá tan sólo del hecho en sí mismo, sino también de la atribución causal que realice el sujeto. Si el sujeto cree que otro ha sido el causante de un hecho indeseable, sentirá ira; sentirá culpa o pena si considera que él es el responsable; y tristeza o desesperación si atribuye el hecho al destino (Brody, 1999: 24).

Según la *teoría de las expectativas* (Turner and Stets, 2006: 36), la valoración de un mismo objeto, hecho o persona dependerá de las expectativas previas que tenga el sujeto, lo que puede modificar la experiencia emocional resultante. En el ámbito de la interacción social, un factor clave es si los individuos están a la altura de las expectativas que despiertan en los otros según cual sea su posición de poder o estatus.

Las *teorías de la identidad* (Stryker, 2004), al reconocer y atender el hecho de que tanto las identidades de rol como las identidades sociales o grupales operan en posiciones culturalmente definidas de la estructura social, también vinculan las emociones con las expectativas que los actores tienen en cada interacción social: en la medida que verifiquen o no su identidad sentirán emociones positivas o negativas (Burke and Stets, 2009).

Algunas teorías, como las *teorías intergrupales de la emoción*, ponen de manifiesto que los sujetos experimentan emociones, no sólo por aquello que les sucede a ellos personalmente, sino también por lo que le sucede a los grupos sociales a los que pertenecen y/o con los que se identifican (Devos et al., 2002; Mackie et al., 2000; Yzerbyt et al., 2003). De ahí que como sostuviera Durkheim en *Las formas elementales de la vida religiosa*, existan emociones colectivas, emociones socialmente compartidas (Bartal et al., 2007; Braithwaite, 2004) y procesos de contagio emocional (Hatfield et al., 1994).

La complejidad de las emociones humanas también deriva de la dialéctica existente entre experiencia y expresión emocional; de la capacidad que tienen las emociones para transmutarse y agruparse conformando sucesivas estructuras emocionales; y de la múltiple composición que configura la naturaleza de cualquier estado afectivo.

En el mundo de las emociones la distinción entre *experiencia emocional* interna, o sentimiento subjetivo, y *expresión emocional*, o conjunto de manifestaciones externas, es fundamental. Podemos expresar lo que sentimos mediante palabras, gestos faciales, tonos vocales, conductas y cambios fisiológicos. Ahora bien, la relación existente entre experiencia y expresión es confusa y problemática (Brody, 1999). En primer lugar, la expresión emocional no puede quedar reducida a simple y mera manifestación de un estado interno, pues la expresión, orientada

comunicativamente hacia el otro, emerge en el contexto de la interacción social (Marinetti et al., 2011: 32). Un niño que se ha caído al suelo puede llorar porque el golpe le duele, o puede llorar para reclamar la atención de sus padres. En segundo lugar, no está demostrado que los sentimientos internos produzcan los cambios fisiológicos o corporales externos. Para Damasio (1994), son los cambios fisiológicos los que desencadenan el sentimiento subjetivo: no temblamos porque sentimos miedo, sino que tenemos miedo porque temblamos. En suma, las manifestaciones externas cumplen una *función expresivo-emocional*, pero también una *función socio-comunicativa* (Marinetti et al., 2011: 32).

El estudio de la emoción nunca es sencillo porque las emociones forman parte de un proceso vivo y pueden sufrir múltiples y enigmáticas *transmutaciones*, voluntarias e involuntarias, conscientes e inconscientes. La vergüenza se puede convertir en rabia, la alegría en llanto o el dolor en placer. Represión, negación, desplazamiento, proyección, sublimación o atribución son algunos de los mecanismos de defensa que pueden alterar las emociones (Turner, 2008: 326). Además, es obvio que ni experimentamos las emociones aisladamente, una por una, ni constituyen estados estáticos en el tiempo. Nuestra vida afectiva es un proceso dinámico cargado de múltiples *cadena*s y *estructuras emocionales*.

Finalmente, la complejidad de las emociones también se manifiesta en su composición. La *teoría multidimensional de las emociones* (Scherer, 2001) considera que una emoción tiene cinco componentes: cognitivo; neurofisiológico; motivacional; expresivo; y de sentimiento subjetivo. Shott (1979: 1318) sostiene que al menos dos elementos, la excitación fisiológica y un etiquetado cognitivo como afecto, son necesarios para que el actor experimente una emoción. Thoits (1989: 318) distingue entre: valoración de estímulos situacionales; cambios fisiológicos o corporales; gestos expresivos; y una etiqueta cultural aplicada a combinaciones específicas de los tres primeros componentes. En suma, el sentimiento subjetivo consciente constituye tan sólo uno de los elementos esenciales implicados en la experiencia emocional.

La sociología de las emociones

Hemos afirmado que el *yo*, el organismo individual, constituye la referencia central en torno a la que giran las emociones. Siendo esto cierto, en este punto deberíamos responder a dos preguntas: ¿qué puede aportar la sociología al estudio de las emociones? ¿por qué la sociología debe integrar las emociones en sus estudios sobre la realidad social? Según Barbalet

(1998: 8–9) la sociología tiene que ver con la emoción por dos motivos: primero, porque trata de explicar fenómenos sociales, y la emoción es un fenómeno social; segundo, porque la emoción es necesaria para explicar los fundamentos de la conducta social.

Por un lado, el estudio sociológico de las emociones se fundamenta en el hecho, señalado por Kemper (1978, 1987), de que la mayoría de las emociones emergen, se experimentan y tienen sentido en el contexto de nuestras relaciones sociales. Soledad, envidia, odio, miedo, vergüenza, orgullo, resentimiento, venganza, nostalgia, tristeza, satisfacción, alegría, rabia, frustración, y otro sinfín de sentimientos, emergen en situaciones sociales específicas, expresando en la conciencia corporal de los individuos el riquísimo abanico de formas de relación e interacción social. Comprender una emoción equivale a comprender la situación y la relación social que la produce.

Por otro lado, la incorporación de las emociones a los estudios sociológicos implica investigar y 'teorizar sobre todo aquello que se hace evidente cuando hacemos la simple asunción de que lo que sentimos es tan importante como lo que pensamos o lo que hacemos para el resultado de la interacción social' (Hochschild, 1990: 117). Resulta inconcebible un actor cuya conciencia esté poblada exclusivamente de *ideas* o cogniciones, pero que carezca en absoluto de *valores sociales* o de *emociones*. Por este motivo, la descripción y la explicación o comprensión sociológica de cualquier fenómeno de la realidad será incompleta, y por tanto falsa, si no se incorpora el *sujeto sentiente* al estudio de las estructuras y procesos sociales (Bericat, 2000: 145).

En suma, la sociología de las emociones tiene ante sí dos tareas fundamentales: estudiar la naturaleza social de las emociones y estudiar la naturaleza emocional de la realidad social.

La naturaleza social de las emociones humanas

La aplicación de la perspectiva sociológica es fundamental para comprender las innumerables emociones que componen el universo afectivo de los seres humanos. Pese al sentido implícito en muchas de las metáforas utilizadas en el lenguaje corriente (Kövecses, 1990), las emociones no son, según Gregory Bateson, una determinada substancia, sino una *pauta relacional* que vincula al *yo* con su entorno, fundamentalmente con los *otros*, esto es, con su mundo social (Burkitt, 2002: 151). La teoría socio-relacional de Kemper (1978) pone de manifiesto que las emociones primarias son producto del resultado de la interacción en términos de las dos dimensiones sociales básicas, esto es, *poder* y *estatus*. El miedo

resulta de una interacción en la que el sujeto está sometido a un poder superior al suyo; la rabia aparece cuando consideramos a alguien responsable de la negación de un merecido estatus o prestigio; la depresión surge cuando el sujeto ha perdido estatus, pero se responsabiliza a sí mismo de la pérdida; y, finalmente, la satisfacción resulta de interacciones con una adecuada relación de poder y con un nivel de estatus similar al esperado o deseado (Kemper, 1987: 275).

Tanto el significado como el sentido de cada uno de los innumerables sentimientos que conforman el amplísimo universo emocional de los seres humanos está íntimamente vinculado a una determinada pauta relacional, es decir, a su específica naturaleza social. Lo que sintamos en una situación social dependerá del contenido y del resultado de la interacción, del balance del intercambio que obtengamos, del tipo de relación social que nos una al otro, de las normas y los valores aplicables, y de otro amplio conjunto de variables sociales. Así pues, analizando las estructuras y factores sociales antecedentes que condicionan una emoción, y analizando las expresiones, las conductas y las consecuencias sociales derivadas de la misma, se puede llegar a comprender mejor cada una de ellas. Comprender la vida social de las emociones, así como establecer adecuadas *definiciones sociológicas* de las mismas (Bericat, 2005), es fundamental para conocer, no sólo el complejo mundo de las emociones, sino también a los seres humanos en el contexto de sus procesos y estructuras de interacción social.

La naturaleza emocional de la realidad social

En todos los fenómenos sociales concebibles, sin excepción alguna, las emociones están presentes desempeñando un papel fundamental. Así es en aquellas realidades colectivas en las que las intensas pasiones ocupan el centro de la escena, como en la fiesta, en las competiciones deportivas rituales, en los actos terroristas o en las revoluciones políticas, y también en las relaciones sociales íntimas, como las familiares o de amistad, cargadas de sentimientos duraderos, casi imperceptibles, que dan sabor a cada minúsculo encuentro cotidiano.

Las dos dimensiones básicas de la sociabilidad son la dimensión simbólica o *intercomunicativa* y la dimensión energética o *interactiva*. De ahí que la realidad social sea siempre, por un lado, *cultura, comunicación y conciencia*, pero también y al mismo tiempo, por otro lado, *estructura, energía y actividad*. Y esto explica que las emociones sean parte constitutiva de todos los fenómenos sociales. Debido a su naturaleza informativa y expresiva, las emociones son uno de los tres componentes fundamentales de la dimensión intercomunicativa de la sociabilidad

(cogniciones, valores y emociones). Pero debido a su naturaleza energética y motivacional, las emociones también son determinantes de la voluntad individual, uno de los tres componentes de la dimensión interactiva de la sociabilidad (energía natural, poder social y voluntad individual). En suma, encontraremos emociones en cualquier fenómeno social, sea en los conflictos de pareja (Retzinger, 1991), en el tiempo de la Navidad (Schervish et al., 1996), en el atentado del 11 de Septiembre (Burkitt, 2005; Kemper, 2002), en las series televisivas de humor (Weaver, 2010) o en las evoluciones del mercado bursátil (Berezin, 2009).

Esto exige el desarrollo de una subdisciplina sociológica que estudie las complejas estructuras y procesos emocionales existentes en el contexto de la vida social. Tal y como señalara Thoits (1989: 333-4), los conceptos emocionales están siendo incorporados como variables intervinientes en trabajos sociológicos substantivos, como el carisma, las ideologías de género, la división laboral del hogar, las respuestas al estrés, la reacción de las mujeres maltratadas a la violencia, la solidaridad grupal o la desigualdad en las relaciones íntimas, y ello permite especificar y explicar con mayor detalle estos importantes fenómenos sociales.

El lugar de las emociones en la sociología

La sociología de las emociones nace en la segunda mitad de la década de los setenta del siglo pasado, impulsada por el trabajo de tres pioneros, Arlie R. Hochschild, Thomas J. Scheff y Theodor D. Kemper.

Hochschild utiliza por primera vez el término en 1975, al reflexionar sobre la relación entre emoción y género. En 1979 publica un artículo en el que, a través de conceptos como el de *normas emocionales* o el de *trabajo emocional*, pone de manifiesto la relación existente entre cultura, política y emociones. La cultura define qué, cuándo y cómo debemos sentir. En *The Managed Heart: The Commercialization of Human Feeling* (1983) analiza la *gestión emocional* que tienen que realizar algunos empleados de servicios, como las azafatas de vuelo. Scheff publica un artículo en 1977 en el que vincula los ritos sociales a una teoría de la catarsis de emociones reprimidas, y otro en 1988 en el que sintetiza su teoría sociológica de la vergüenza y del orgullo. En *Microsociology: Discourse, Emotion, and Social Structure* (1990) compendia su propuesta de incorporación de las emociones al núcleo metateórico de la sociología, bajo la perspectiva de que el mantenimiento de los vínculos sociales es el más importante de los motivos humanos. Kemper publica en 1978 *A Social Interactional Theory of Emotions*, libro que contiene su teoría estructural de las emociones, basada en las

dos dimensiones básicas de la interacción social: el poder y el estatus. En un artículo de 1981 condensa el debate teórico que surgió entre el positivismo y el constructivismo social, y en otro de 1987 trata de integrar ambas posiciones distinguiendo entre emociones primarias y secundarias. En 1990 publicó una importante compilación en la que participaron muchos de los pioneros de la sociología de las emociones.

Entre esos otros pioneros se encuentran: Collins (1975, 1981), Heise (1979), Denzin (2009 [1984]), Gordon (1981), Shott (1979), Thoits (1985, 1989), Clark (1987), Hammond (1983) o Smith-Lovin (Smith-Lovin and Heise, 1988). A estos nombres habría que sumar otros muchos, como JH Turner, JE Stets o JM Barbalet, que han engrosado el corpus de la sociología de las emociones realizado muy diversas e importantes aportaciones durante las tres últimas décadas. Durante este tiempo algunas revistas académicas han dedicado monográficos al estudio de las emociones: *Symbolic Interaction* 1985, 8(2); *Rationality and Society* 1993, 5(2); *International Journal of Sociology and Social Policy* 1996, 16(9/10); *Advances in Group Processes* 2004, 21; *Journal of Social Issues* 2007, 63(2); *Theory and Society* 2009, 38. Y también se han publicado algunas compilaciones de gran interés: Bendelow and Williams (1998), Barbalet (2002), Stets and Turner (2006), Clay-Warner and Robinson (2008) y Hopkins et al. (2009).

Es evidente que, desde su nacimiento, la sociología de las emociones ha tenido un magnífico desarrollo. Ahora bien, si las emociones están tan íntimamente vinculadas a la interacción social, tal y como hemos sostenido aquí, deberíamos preguntarnos por qué esta subdisciplina sociológica surgió tan tarde. También deberíamos preguntarnos si la sociología, en su época fundacional o clásica, incorporaba emociones en sus análisis.

La lectura de las obras de los sociólogos clásicos, así como de las obras del resto de pensadores del siglo XIX, muestra que estos primeros científicos sociales incorporaban las emociones a su trabajo desde una actitud espontánea, indeliberada y natural. Ahora bien, el progresivo avance de la cultura moderna, la legitimidad exclusiva y excluyente que fue adquiriendo el paradigma positivista en las ciencias sociales, y la hegemonía que finalmente alcanzó el cognitivismo a mediados del siglo XX, hicieron que las emociones desaparecieran casi por completo tanto de la teoría como de la investigación social. Solamente el cambio social y cultural posmoderno abrió la puerta a nuevos planteamientos que han posibilitado el reencuentro de las emociones con la ciencia social.

Aunque la mayor parte de los pensadores sociales decimonónicos, Marx (la alienación en el trabajo),

Durkheim (los rituales sociales), Weber (la necesidad del protestante de ser querido) y Freud (la ansiedad), consideraron en sus trabajos los fenómenos afectivos (Denzin, 2009 [1984]), las emociones ocuparon en sus obras un lugar analítico relativamente marginal, como sucede en la tipología weberiana de la acción social. Solamente Charles H Cooley, con su *teoría del yo-espejo*, ubicó explícitamente la dinámica emocional en el núcleo de la interacción social (Turner and Stets, 2005: 106–7). Ahora bien, un análisis detallado de *El suicidio*, de Durkheim, y la *Ética protestante y el espíritu del capitalismo*, de Weber, demuestra el importante papel que juegan las emociones en estas dos investigaciones paradigmáticas de las sociología. Este análisis también demuestra que cualquier teoría sociológica substantiva resultará ininteligible si no se consideran las emociones implicadas en los fenómenos sociales que trata de explicar o comprender (Bericat, 2001a, 2001b).

¿Cual es, por tanto, el lugar de las emociones en la sociología? Schieman (2006: 493), en su trabajo sobre la ira, subraya que una pregunta esencial para los sociólogos sería la siguiente: ‘¿Qué podemos aprender acerca de la vida social estudiando la ira?’ Según hemos visto, el análisis de cualquier emoción nos ofrece una perspectiva única desde la que observar algunos aspectos esenciales de las estructuras y procesos de interacción social específicamente humana. Ahora bien, pese al gran interés que tiene comprender la naturaleza social de cada una de las emociones, el sociólogo deberá estar interesado fundamentalmente en conocer y comprender *la naturaleza emocional de la vida social*, es decir, la estructura y la dinámica emocionales presentes en los fenómenos sociales que sean objeto de su estudio.

En conclusión, ningún análisis sociológico debería excluir la consideración de las emociones sentidas por los sujetos participantes en un determinado fenómeno, acontecimiento, estructura o proceso social.

Perspectivas teóricas

Con el objeto de comprender y explicar tanto las emociones como las dinámicas emocionales de la realidad social, los sociólogos han estado desarrollando, durante las últimas tres décadas, un amplio conjunto de perspectivas teóricas. Turner y Stets (2005, 2006) las han compilado y clasificado en cinco grandes tipos:

a. Las *teorías culturales* ponen de relieve que las emociones no son meras respuestas biológicas del organismo, sino *sentimientos sociales*. Estos sentimientos están condicionados por la cultura

de una sociedad (sus normas, valores, ideas, creencias, etc.); emergen en el curso de interacciones sociales pautadas; y se aprenden en el proceso de socialización (Gordon, 1981). Las sociedades tienen una *cultura emocional*, un *vocabulario emocional*, unas *normas emocionales* y unas *normas de expresión* que definen, en cada situación y para cada posición social que ocupe el sujeto, qué debe sentir y cómo debe expresar sus sentimientos (Hochschild, 1979, 1983). Ahora bien, aunque la cultura condiciona, no determina nuestras experiencias y expresiones emocionales. Sea con la finalidad de ajustarse a una norma, de gestionar una desviación emocional (Thoits, 1985), de adaptarse un puesto de trabajo, o de obtener una ventaja en el curso de una interacción social, los individuos son capaces de manipular estratégicamente tanto sus emociones (Hochschild, 1979, 1983), como la expresión de sus sentimientos (Goffman, 1959).

b. Para las *teorías del interaccionismo simbólico* la *identidad del yo* constituye la dinámica subyacente a la estimulación emocional. Los individuos tratan de confirmar en todo momento tanto la propia imagen general que tengan de sí-mismos (auto-concepto), como las identidades particulares con las que actúan en cualquier episodio de interacción (identidad de rol). En la *teoría del control afectivo* de David Heise (1979) y Smith-Lovin la dinámica emocional deriva del grado de correspondencia existente entre el *sentimiento fundamental* y el *sentimiento transitorio* de una determinada situación (Smith-Lovin and Heise, 1988). Cuando la imagen de uno mismo es confirmada por los otros, experimentamos emociones positivas; cuando sea negada, experimentaremos emociones negativas, como angustia, ansiedad, rabia, vergüenza o culpa (Burke and Stets, 2009; Turner and Stets, 2006: 30). La *teoría de la identidad* de Stryker (2004) subraya la existencia de múltiples identidades, unas más importantes que otras según sea la situación social y la red social en la que se activen (*jerarquía de relevancia*). Para Cooley (1964 [1902]), Goffman (1956, 1959), Shott (1979), Hochschild (1979) y Scheff (1988) las emociones que emergen en los procesos de interacción juegan un papel fundamental en el control social.

c. Las *teorías rituales* mantienen que ‘toda interacción social con mutuo y recíproco reconocimiento, es decir, según estas teorías, los ritos, constituyen el corazón de cualquier dinámica social. El ritual genera emociones grupales que se vinculan a símbolos y que sustentan las creencias,

el pensamiento, la moralidad y la cultura' (Summers-Effler, 2006: 135). Tomando como paradigma los ritos sacrificiales de los aborígenes australianos, Durkheim (1965 [1912]) descubrió el mecanismo básico mediante el que estos acontecimientos colectivos producían y mantenían la cohesión grupal. Los ritos son *reuniones sociales* en las que los individuos mantienen un mismo foco de atención, comparten unos mismos valores y sienten unas mismas emociones (Collins, 2004; Knottnerus, 2010). Estas reuniones sociales provocan una gran *efervescencia colectiva* y una alta *conciencia grupal*. Collins (1981, 2004) distingue entre las emociones positivas y sentimientos morales que, dirigidos hacia el propio grupo, configuran su solidaridad, y las emociones positivas y confianza que sienten los individuos participantes en forma de *energía emocional* (EE). Según Collins, los individuos siempre buscan maximizar en cada encuentro la energía emocional. Goffman (1959) también fundó su proyecto de investigación social sobre esta primera intuición durkeimiana, afirmando que todo *encuentro* social constituye una interacción ritual.

d. Las *teorías estructurales de las emociones*, cuya pionera formalización debemos a TD Kemper (1978), explican el tipo de emoción sentida por los sujetos en el curso de una interacción atendiendo a determinadas características relacionales. Para Kemper existen dos dimensiones relacionales básicas: *poder* y *status*. Los sujetos con poder, o que ganan poder en una interacción, experimentarán emociones positivas, como satisfacción, confianza o seguridad. Los sujetos con un bajo nivel relativo de poder podrán experimentar emociones negativas, por ejemplo miedo. Los individuos con alto nivel de prestigio, o a quienes los demás ofrezcan deferencia, sentirán emociones positivas, como orgullo; mientras que quienes carezcan del suficiente prestigio, o lo pierdan, podrán sentir emociones negativas, como vergüenza. Thamm (2004) propone universalizar la teoría socio-relacional de Kemper especificando con mayor detalle las condiciones estructurales asociadas con determinadas respuestas emocionales. Estas dependerían de si el *Yo* y el *Otro* cumplen o no con las *expectativas*, y de si reciben o no *recompensas*. Barbalet (1998) ha desarrollado la teoría estructural de las emociones desde una perspectiva macrosociológica.

e. Las *teorías del intercambio*, desarrolladas por George C Homans y Peter M Blau, también se han utilizado para comprender el complejo

mundo de las emociones (Lawler, 1999). La interacción social es un proceso en el que los actores intercambian recursos valiosos con la finalidad de obtener algún provecho o beneficio. Los individuos tratan de obtener recompensas y evitar castigos, maximizando en lo posible la utilidad de una conducta calculando inversiones y costes (Turner and Stets, 2005: 180). Los individuos 'se sienten bien' (refuerzo positivo) cuando los beneficios exceden las inversiones y costes, y 'se sienten mal' (refuerzo negativo) cuando sucede lo contrario. Pero la intensidad y el tipo de emociones que provoca un intercambio social depende de otros muchos factores: el tipo de intercambio (productivo, negociado, recíproco, generalizado); las características de la estructura o red social (grado de coordinación entre los actores, densidad de la red); el poder y dependencia relativa de los actores; el cumplimiento o no de las expectativas; las normas de justicia pertinentes (de equidad, de igualdad, de proceso); o la causa a la que se atribuya los resultados del intercambio (a la tarea en sí misma, al propio sujeto, a otra u otras personas, o a la unidad social en su conjunto) (Lawler, 2001; Turner and Stets, 2006: 41). La teoría afectiva del intercambio social de Lawler 'introduce un actor emocional, específicamente un actor que responde emocionalmente a los intercambios, y que intenta comprender el origen de sus emociones y sentimientos' (Lawler, 2001: 347).

Emociones y análisis sociológico

El hecho de que la vida afectiva constituya, *prima facie*, una realidad corporal anclada en la biología de los organismos individuales, puede explicar que la sociología de las emociones haya experimentado hasta el momento un mayor desarrollo en el ámbito micro de los fenómenos sociales. Asimismo, el hecho de que la vida emocional de los seres humanos constituya una realidad tan subjetiva, lábil y fluida, podría explicar el predominio de la reflexión teórica sobre la investigación empírica, así como el insuficiente desarrollo de metodologías y técnicas de investigación especialmente adaptadas al estudio sociológico de las emociones.

Ahora bien, desde el mismo nacimiento de la sociología de las emociones, los análisis *micro* siempre han contenido una evidente proyección *macro*, y la reflexión *teórica* una implícita, aunque infradesarrollada, vocación *empírica*. Por este motivo, los progresos realizados en el pasado constituyen una base excelente para desarrollar en el futuro una sociología de las emociones en la que los análisis macro y las

investigaciones empíricas adquieran un mayor protagonismo.

El análisis sociológico de las emociones

La evidente proyección macrosociológica y empírica de las teorías microsociológicas de Kemper, Scheff y Collins pueden servirnos para ilustrar una necesaria vía de integración entre los análisis micro y macro.

Si bien la teoría de Kemper parte del análisis de una situación concreta en la que interactúan dos actores individuales, predice las emociones resultantes en términos de las dos dimensiones estructurales básicas de la sociabilidad. Estas emociones no dependen de la naturaleza biológica de los individuos, sino del poder/status asociado a su posición social, y de las variaciones de poder/estatus que experimenten en el curso de la interacción social. Del mismo modo, la *energía emocional (EE)* de los actores sociales, producida en cada encuentro social micro, sea de naturaleza jerárquica (poder) o igualitaria (estatus), es el resultado de la energía estructuralmente acumulada en las *cadena de rituales de interacción* (Collins, 1981). Para Scheff (1994: 4), que estudia con microscópico detalle los episodios de vergüenza y de rabia, el análisis de las partes y de los todos (*part/whole analysis*) 'pone igual énfasis en las partes más minúsculas de un sistema social, las palabras y gestos de un discurso, que en los todos más amplios, las instituciones que existen en y entre las naciones'.

Así, la importancia sociológica otorgada al miedo y a la ira, por un lado, y a la vergüenza y al orgullo, por otro, ha de explicarse, no tanto por su importancia en la vida psíquica de los individuos, sino por el papel fundamental que desempeñan en la estructura y en la dinámica sociales. El miedo y la ira son las emociones clave de la *dimensión interactiva* de la sociabilidad (poder), mientras que la vergüenza y el orgullo son las emociones clave de la *dimensión intercomunicativa* (estatus).

El *miedo* constituye una amplia familia emocional compuesta por sentimientos como la preocupación, la ansiedad, el pánico, el terror o el horror, que difieren tanto en contenido como en intensidad. Según Kemper (1978, 1987) los individuos sienten culpa si se perciben a sí mismos como poseedores de un poder excesivo, y sentirán miedo-ansiedad si carecen del suficiente poder. Para Barbalet (1998: 161) el miedo indica que los intereses del sujeto, en la perspectiva de un escenario futuro, están amenazados. En este sentido, Hume (1911 [1739]) señaló que tanto el miedo como la esperanza dependen de la probabilidad de que un hecho acontezca, deseable en el caso de la esperanza, e indeseable en el caso del miedo. Barbalet (1998) distingue entre la causa del miedo, que es la vulnerabilidad e insuficiencia relati-

va del poder del individuo respecto a otro elemento del mundo, y el objeto del miedo, que es la expectativa de sufrir un daño.

La *ira* es el nodo de una extensa familia emocional que va desde el simple enfado hasta la furia, pasando por la rabia o la indignación. Sus estímulos más comunes implican el insulto real o percibido, la injusticia, la traición, la falta de equidad, los obstáculos al logro, las acciones incompetentes o las agresiones físicas de los demás (Schieman, 2006: 496). La ira emerge cuando el individuo pierde poder o status, cuando esta pérdida se considera remediable, y cuando el otro es considerado culpable (Kemper, 1990). La ira activa la dimensión del poder en forma de hostilidad o agresividad del yo hacia el otro, a quién se considera responsable de un resultado negativo e injustificado. Existen cuatro formas de ira: frustración (por resultados indeseables), resentimiento (por resultados ajenos), reproche (atribuciones de culpa) e ira (por resultados indeseables y atribución de culpa) (Clore et al., 1993: 68).

Sheff sostiene que la *vergüenza* y el *orgullo* son las emociones sociales por antonomasia. La *teoría del yo espejo* de Cooley concibe al ser humano asumiendo permanentemente el rol del otro, viéndose y valorándose a sí mismo desde la perspectiva del otro. Este mecanismo básico de la sociabilidad implica una serie de tres elementos: imaginar cómo nos ve la otra persona; imaginar cómo juzga nuestra apariencia; y una especie de auto-sentimiento, sea el orgullo o la mortificación (Cooley, 1964 [1902]). Cualquier encuentro puede llegar a ser embarazoso para cualquier participante (Goffman, 1956: 265), que puede perder la cara y sentir la mortificación de la vergüenza. La *teoría de la vergüenza* de Scheff se basa en el supuesto de que 'el mantenimiento de los vínculos sociales es el más crucial de los motivos humanos' (Scheff, 1990: 4). Existen *vínculos seguros* y *vínculos inseguros*. Los vínculos seguros producen *solidaridad*, y los inseguros *alienación*. En cada encuentro nuestro vínculo con el otro puede ser 'construido, mantenido, reparado o dañado' (Scheff, 1994: 1). La vergüenza y el orgullo constituyen una especie de 'giroscopio' que informa al individuo del estado de sus vínculos sociales. Sentirá legítimo orgullo cuando el vínculo sea seguro, y vergüenza, una emoción muy dolorosa, cuando sea rechazado por o pierda valor ante los ojos del otro.

El sistema de control social es eficaz gracias a la fuerza compulsiva de estas cuatro emociones clave. Ahora bien, como puede comprobarse en las clasificaciones ofrecidas por diversos autores (Kemper, 1987; Ortony et al., 1988; Plutchik, 1980), todavía quedan muchas emociones por analizar. Los científicos sociales han contribuido a la comprensión de algunas, como por ejemplo la confianza (Barbalet,

1998, 2009; Dunning and Fetschenauer, 2010; Luhmann, 1979), la empatía y la simpatía (Clark, 1987; Smith, 1976), la pena y la tristeza (Gharmaz and Milligan, 2006), el aburrimiento (Barbalet, 1999) y el asco (Douglas, 2002).

Las emociones en el análisis sociológico

La sociología ha incorporado, y debe seguir incorporando en sus diversos objetos de estudio, el análisis de tres tipos de emociones: (a) las *emociones interaccionales*, esto es, las disposiciones, estados y procesos emocionales relacionados con las diferentes posiciones que los actores ocupan en la estructura social; (b) las *emociones grupales y colectivas*, es decir, aquellas que los sujetos experimentan o expresan por el hecho de ser miembro de un grupo o por formar parte de un colectivo en una determinada situación social; y (c) los *climas emocionales* y las *emociones de sociedad*, que son ánimos o estados de emoción, generales y duraderos, derivados de las características esenciales de una determinada sociedad o unidad social.

En primer término, sin olvidar que las emociones sólo pueden encarnarse en el cuerpo de organismos individuales, la sociología debe estudiar las emociones que experimentan los individuos en tanto actores que ocupan determinadas posiciones sociales. Así, por ejemplo, se supone que la ira es una ‘emoción masculina’, que las mujeres deben reprimir (Brody, 1999; Hochschild, 1975). Quienes ocupan una posición de poder superior expresarán más fácilmente su ira, mientras que los subordinados tratarán de contenerla (Schieman, 2006: 508). ‘Debido a la mayor capacidad que tienen los poderosos para definir las situaciones, incluso las emocionales, a menudo la depresión o la ansiedad acaban sustituyendo a la ira en la experiencia de los actores subordinados’ (Freund, 1990: 467). Sin embargo, la ira, la rabia y la indignación forman parte de las emociones morales (Stets et al., 2008), y se activan con la injusticia, la violación de las normas, la desviación social o la culpa. Esto explica su presencia tanto en los pánicos morales como en muchos movimientos sociales (Berry, 1999; Jasper, 2011).

La sociología del género ha estudiado con gran detalle las diferentes disposiciones emocionales de hombres y mujeres. La cultura y sociedad tradicionales no sólo han asociado el rol de la mujer con la emocionalidad, excluyendo al hombre del mundo de los sentimientos, sino que también promovían en las mujeres la experiencia y expresión de emociones débiles, como el miedo o la tristeza, mientras que los hombres debían reprimir y ocultar la débiles, al tiempo que experimentar y expresar emociones fuertes, como la ira o el orgullo (Brody, 1999; Shields et al., 2006). Tanto las propuestas conceptuales (normas

emocionales; normas expresivas; gestión emocional; actuación superficial y profunda) como las investigaciones empíricas de Arlie R Hochschild (1975, 1983, 2003), realizadas utilizando observación participante, análisis de contenido y entrevistas en profundidad, han tenido un fabuloso impacto en el desarrollo de las sociologías del género y del trabajo. El papel que desempeñan las emociones en el trabajo o en la cultura de las empresas, el contenido emocional de muy diversas ocupaciones, las consecuencias sociales y personales de la gestión emocional, o la estructura emocional del mundo del trabajo y de la familia, han sido objeto de muchas investigaciones (Clay-Warner and Robinson, 2008; Hochschild, 2003; Wharton, 2009).

En segundo término, los individuos experimentan y expresan *emociones grupales* y *emociones colectivas* por el hecho de ser miembros de un grupo o formar parte de un colectivo en una determinada situación social. Por ejemplo, el miedo surge muy frecuentemente en contextos sociales, no como mera reacción individual a la amenaza, sino como resultado de una experiencia intersubjetiva. ‘La concepción del miedo como una reacción individual a la amenaza física aporta poco a una comprensión de la acción y de la conducta sociales’ (Barbalet: 1998: 152–3).

La sociología de los movimientos sociales ha sido un ámbito en el que la consideración de las emociones grupales y colectivas ha contribuido, no sólo a un conocimiento más profundo de algunos movimientos concretos, sino también a una importante renovación teórica en los campos de la opinión pública y de la acción política (Jasper, 2011). Un gran número de emociones, como la indignación, el shock moral, la ira, el miedo, la vergüenza, el orgullo o la humillación condicionan y dan vida a los movimientos sociales, sea en el origen de los mismos, en el reclutamiento de sus miembros, en el mantenimiento de la organización o en la lucha por el logro de sus objetivos. Emirbayer y Goldberger (2005) teorizan la acción colectiva y los movimientos sociales incorporando las emociones desde el rechazo a tres postulados erróneos: que la razón y la emoción son mutuamente excluyentes; que las emociones son estados individuales de la mente; que las emociones colectivas carecen de autonomía analítica.

Por último, es evidente que la estructura y los procesos básicos de una sociedad crean determinados *climas emocionales*, o incluso *emociones de sociedad*, que condicionan los sentimientos generales de la población (Bar-Tal et al., 2007; De Rivera, 1992). En este sentido, la sociología de cualquier emoción, como por ejemplo la sociología del miedo, debe analizar la matriz cultural en la que esa emoción emerge y debe atender las pautas de actividad social

asociadas habitualmente con ella (Barbalet, 1998; Tudor, 2003: 244). Helena Flam (1998), utilizando las entrevistas biográficas como técnica de investigación, estudió el rol del miedo en los regímenes comunistas de Polonia y Alemania del Este. Thomas Scheff, utilizando el análisis microscópico de contenidos verbales, paralingüísticos y visuales, investigó el rol de la vergüenza en los conflictos familiares micro y en la violencia macro desencadenada en las dos guerras mundiales del Siglo XX (Scheff, 1994).

Cada emoción puede ser componente esencial de muy diversos fenómenos sociales. Por ejemplo, el miedo juega un importante papel en el terrorismo (Burkitt, 2005), el desempleo (Barbalet, 1998: 158), la circulación de las élites (Barbalet, 1998: 161), el consumo (Miller, 1998), la política (Marcus, 2000), los movimientos sociales (Jasper, 2011) o la economía (Berezin, 2009). Ahora bien, podría afirmarse que hoy el miedo constituye además una *emoción de sociedad*, esto es, una emoción que caracteriza esencialmente el *ethos* de nuestras sociedades posmodernas. La cultura del miedo (Furedi, 1997), o la cultura del horror investigada por Bericat (2005) utilizando micro y macro análisis del contenido emocional de las noticias publicadas en periódicos norteamericanos, deriva de rasgos esenciales de nuestra sociedad como *sociedad del riesgo* (Beck, 1992) y como *sociedad líquida* (Bauman, 2006). Toda sociedad o unidad social fomenta, en cada época, unas determinadas emociones que le son características.

En suma, analizando las emociones implicadas en los fenómenos sociales, la sociología ha ampliado, profundizado y renovado el conocimiento en muy diversos ámbitos de estudio. Entre estos ámbitos destacan especialmente la sociología del género (Brody, 1999; Shields et al., 2006); del trabajo (Clay-Warner and Robinson, 2008; Hochschild 1975, 1983, 2003; Grandey et al., 2012; Wharton, 2009); de las organizaciones (Fineman, 2008); de los movimientos sociales (Emirbayer and Goldberg, 2005; Flam and King, 2005; Jasper, 2011) y de los medios de comunicación (Döveling et al., 2011; Knottnerus, 2010).

Orientaciones para el futuro

Aunque la sociología de las emociones ha desarrollado un nutrido conjunto de conceptos, de perspectivas y de teorías, perduran contradicciones e inconsistencias que reclaman un mayor grado de integración. Como en otras ciencias, las paradojas subrayan inconsistencias o problemas cuya resolución produce avances en el conocimiento. La sociología de las emociones debería plantear y tratar

de resolver en el futuro las múltiples paradojas y problemas teóricos que todavía le afectan.

Hasta ahora, la sociología de las emociones se ha desarrollado realizando análisis unidimensionales, estáticos y simples de la vida emocional de los seres humanos. Por ejemplo, se han analizado muchas emociones concretas, pero es obvio que los individuos no sienten las emociones una a una, de forma aislada e independiente. Los sentimientos que experimentamos son parte de complejas *estructuras emocionales* compuestas por muchos sentimientos. Asimismo, estas vivencias se suceden en el tiempo conformando secuencias o *cadena emocional* que configuran una determinada dinámica de los sentimientos.

La sociología de las emociones ha avanzado mucho más en el desarrollo de perspectivas meta-teóricas generales, que aportando teorías substantivas sobre fenómenos socio-emocionales concretos, o realizando investigaciones científicas empíricamente válidas y fiables. El desarrollo de investigaciones empíricas relevantes y de calidad es condición indispensable para el avance futuro de esta subdisciplina. Por ello es imprescindible adaptar todas las técnicas de investigación disponibles al análisis sociológico de las emociones.

La sociología de las emociones, tanto en su elaboración teórica como en sus trabajos empíricos, ha prestado hasta ahora mayor atención a las estructuras y procesos de interacción micro, que a los fenómenos socio-emocionales macro. Aunque en los últimos años se ha reconocido esta deficiencia, y se estén realizando esfuerzos para subsanarla, es evidente que la macrosociología de las emociones todavía está por desarrollar.

Lecturas adicionales

- Barbalet J (1998) *Emotion, Social Theory, and Social Structure: A Macrosociological Approach*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
Obra de gran interés, pionera en el campo de la macrosociología de las emociones, en la que se analizan diversos fenómenos sociales relacionados con el resentimiento, la confianza, la vergüenza o el miedo.
- Clay-Warner J and Robinson DT (eds) (2008) *Social Structure and Emotion*. London: Elsevier.
Compilación muy completa de artículos de gran calidad sobre estatus-poder, identidad laboral, relaciones de intercambio, justicia y emociones morales, trabajo de emociones y cambio social.
- Hochschild AR (1983) *The Managed Heart. Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.
Obra clásica de la sociología de las emociones en la

que la autora analiza la función de los sentimientos, las normas emocionales y la gestión de las emociones tanto en el mundo privado de las relaciones interpersonales, como en el ámbito público del trabajo. Una investigación sobre el trabajo emocional exigido en muchos empleos, como el de las azafatas. Ver también Hochschild (1979).

Hopkins D, Kleres J, Flam H and Kuzmics (eds) (2009) *Theorizing Emotions. Sociological Explorations and Applications*. New York: Verlag.

Compilación muy completa de artículos de gran calidad con aportaciones realizadas desde diversas perspectivas teóricas, micro y macro, y sobre diversos fenómenos socio-emocionales.

Kemper TD (1978) *A Social Interactional Theory of Emotions*. New York: Wiley.

En este libro pionero Kemper desarrolla su teoría socio interaccional de las emociones. Se muestra la existencia de un vínculo entre la posición estructural de cada sujeto, en relación al otro, y las emociones que surgen en el proceso de interacción. Las dimensiones sociales básicas que definen la posición estructural son el poder y el estatus. Ver también Kemper (1987)

Scheff TJ (1990) *Microsociology: Discourse, Emotion, and Social Structure*. Chicago: The University of Chicago Press.

Este libro incluye algunos de los más importantes trabajos realizados por el profesor Scheff en los inicios de sociología de las emociones, como su teoría de la vergüenza, y ofrece un marco paradigmático mediante el que incorporar la emociones al núcleo central de la sociología. Ver también Scheff (1988)

Stets JE and Turner JH (eds) (2006) *Handbook of the Sociology of Emotions*. Boston, MA: Springer.

Compilación muy completa de artículos de gran calidad sobre procesos emocionales básicos, perspectivas teóricas, análisis de emociones singulares y análisis de fenómenos socio-emocionales.

Bibliografía

Barbalet J (1998) *Emotion, Social Theory, and Social Structure: A Macrosociological Approach*. Cambridge: Cambridge University Press.

Barbalet J (1999) Boredom and social meaning. *British Journal of Sociology* 50(4): 631–646.

Barbalet J (ed.) (2002) *Emotions and Sociology*. Oxford: Blackwell.

Barbalet JM (2009) A characterization of trust, and its consequences. *Theory and Society* 38: 367–382.

Bar-Tal D, Halperin E and De Rivera J (2007) Collective emotions in conflict situations: Societal implication. *Journal of Social Issues* 63(2): 441–460.

Bauman Z (2006) *Liquid Fear*. Cambridge: Polity Press.

Beck U (1992) *Risk Society: Towards a New Modernity*. Thousand Oaks, CA: Sage.

Bendelow G and Williams (eds) (1998) *Emotion in Social Life: Critical Themes and Contemporary Issues*. London: Routledge.

Berezin M (2009) Exploring emotions and the economy: New contributions from sociological theory. *Theory and Society* 38: 335–346.

Bericat E (2000) La sociología de la emoción y la emoción en la sociología. *Papers. Revista de Sociología* 62: 145–176.

Bericat E (2001a) Max Weber o el enigma emocional del origen del capitalismo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 95(1): 9–36.

Bericat E (2001b) El suicidio en Durkheim, o la modernidad de la triste figura. *Revista Internacional de Sociología* 28: 69–104.

Bericat E (2005) La cultura del horror en las sociedades avanzadas: de la sociedad centrípeta a la sociedad centrífuga. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 110: 53–89.

Berry B (1999) *Social Rage: Emotion and Cultural Conflict*. New York: Garland Publishing.

Braithwaite V (2004) Collective hope. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* 592(1): 6–15.

Brody L (1999) *Gender, Emotion, and the Family*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Burke PJ and Stets JE (2009) *Identity Theory*. New York: Oxford University Press.

Burkitt I (2002) Complex emotions: Relations, feelings and images in emotional experience. In: Barbalet J (ed.) *Emotions and Sociology*. Oxford: Blackwell, pp. 151–168.

Burkitt I (2005) Powerful emotions: Power, government and opposition in the ‘War on Terror’. *Sociology* 39(4): 679–695.

Clark C (1987) Sympathy biography and sympathy margin. *The American Journal of Sociology* 93(2): 290–321.

Clay-Warner J and Robinson DT (eds) (2008) *Social Structure and Emotion*. London: Elsevier.

Clore GL, Ortony A, Dienes B and Fujita F (1993) Where does anger dwell? In: Wyer S and Srull TK (eds) *Advances in Social Cognition: Perspectives on Anger and Emotion*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum, pp. 57–87.

Collins R (1975) *Conflict Sociology: Toward an Explanatory Science*. New York: Academic Press.

Collins R (1981) On the microfoundations of macrosociology. *American Journal of Sociology* 86(5): 984–1014.

Collins R (2004) *Interaction Ritual Chains*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Cooley CH (1964 [1902]) *Human Nature and the Social Order*. New York: Schocken Books.

Damasio AR (1994) *Descartes’s Error: Emotion, Reason and the Human Brain*. New York: GP Putnam.

Denzin NK (2009 [1984]) *On Understanding Emotion*. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.

De Rivera J (1992) Emotional climate: Social structure and emotional dynamics. In: Strongman KT (ed.) *International Review of Studies on Emotion*. Vol. 2. Chichester: Wiley, pp. 197–218.

Devos, T, Silver LA and Mackie DM (2002) Experiencing intergroup emotions. In: Mackie DM

- and Smith ER (eds) *From Prejudice to Intergroup Emotions: Differentiated Reactions to Social Groups*. Philadelphia, PA: Psychology Press, pp. 111–134.
- Douglas M (2002) *Purity and Danger: An Analysis of Concepts of Pollution and Taboo*. New York: Routledge.
- Döveling K, Von Scheve C and Konijn EA (2011) *The Routledge Handbook of Emotions and Mass Media*. London: Routledge.
- Dunning D and Fetschenhauer D (2010) Trust as an expressive rather than an instrumental act. *Advances in Group Processes* 27: 97–127.
- Durkheim E (1965 [1912]) *The Elementary Forms of the Religious Life*. New York: Free Press.
- Emirbayer M and Goldberg CA (2005) Pragmatism, Bourdieu, and collective emotions in contentious politics. *Theory and Society* 34: 469–518.
- Fineman S (ed.) (2008) *The Emotional Organization: Passions and Power*. Oxford: Blackwell.
- Flam H (1998) *Mosaic of Fear: Poland and East Germany Before 1989*. New York: Columbia University Press.
- Flam H and King D (eds) (2005) *Emotions and Social Movements*. New York: Routledge.
- Freud S (1948) *Inhibitions, Symptoms, and Anxiety*. London: Hogarth Press.
- Freund PES (1990) The expressive body: A common ground for the sociology of emotions and health and illness. *Sociology of Health and Illness* 12(4): 452–477.
- Furedi F (1997) *Culture of Fear: Risk-taking and the Morality of Low Expectation*. London: Cassell.
- Gharmaz K and Millingan M (2006) Grief. In: Stets JE and Turner JH (eds) *Handbook of the Sociology of Emotions*. Boston, MA: Springer, pp. 516–543.
- Goffman E (1956) Embarrassment and social organization. *American Journal of Sociology* 62: 264–271.
- Goffman E (1959) *The Presentation of Self in Everyday Life*. New York: Anchor Books.
- Gordon SL (1981) The sociology of sentiments and emotions. In: Rosenberg M and Turner RH (eds) *Social Psychology: Sociological Perspectives*. New York: Basic Books, pp. 562–569.
- Grandey A, Diefendorff J and Rupp DE (2012) *Emotional Labor in the 21st Century: Diverse Perspectives on the Psychology of Emotion Regulation at Work*. London: Routledge.
- Hammond M (1983) The sociology of emotions and the history of social differentiation. *Sociological Theory* 1: 90–119.
- Hatfield E, Cacioppo JT and Rapson R (1994) *Emotional Contagion: Studies in Emotion and Social Interaction*. New York: Cambridge University Press.
- Heise DR (1979) *Understanding Events: Affect and the Construction of Social Action*. New York: Cambridge University Press.
- Hochschild AR (1975) The sociology of feeling and emotion: Selected possibilities. In: Millman M and Kanter R (eds) *Another Voice*. New York: Anchor, pp. 280–307.
- Hochschild AR (1979) Emotion work, feeling rules, and social structure. *American Journal of Sociology* 85(3): 551–575.
- Hochschild AR (1983) *The Managed Heart: The Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.
- Hochschild AR (1990) Ideology and emotion management: A perspective and path for future research». In: Kemper TD (ed.) *Research Agendas in the Sociology of Emotions*. Albany, NY: State University of New York Press, pp. 117–142.
- Hochschild AR (2003) *The Commercialization of Intimate Life: Notes from Home and Work*. Berkeley: University of California Press.
- Hopkins D, Kleres J, Flam H and H Kuzmics (eds) (2009) *Theorizing Emotions: Sociological Explorations and Applications*. New York: Verlag.
- Hume D (1911 [1739]) *A Treatise of Human Nature*, ed. AD Lindsay. London: Dent.
- Jasper JM (2011) Emotions and social movements: Twenty years of theory and research. *Annual Review of Sociology* 37: 285–303.
- Kemper TD (1978) *A Social Interactional Theory of Emotions*. New York: Wiley.
- Kemper TD (1981) Social constructionist and positivist approaches to the sociology of emotions. *American Journal of Sociology* 87(2): 336–362.
- Kemper TD (1987) How many emotions are there? Wedding the social and autonomic components. *American Journal of Sociology* 93: 263–289.
- Kemper TD (ed.) (1990) *Research Agendas in the Sociology of Emotions*. Albany, NY: State University of New York Press.
- Kemper TD (2002) Predicting emotions in groups: Some lessons from September 11. In: Barbalet J (ed.) *Emotions and Sociology*. Oxford: Blackwell.
- Knottnerus JD (2010) Collective events, rituals, and emotions. *Advances in Group Processes* 27: 39–61.
- Kövecses Z (1990) *Emotion Concepts*. New York: Springer-Verlag.
- Lawler EJ (1999) Bringing emotions into social exchange theory. *Annual Review of Sociology* 25: 217–244.
- Lawler EJ (2001) An affect theory of social exchange. *The American Journal of Sociology* 107(2): 321–352.
- Lawler EJ, Thye SR and Yoon J (2008) Social exchange and micro social order. *American Sociological Review* 73: 519–542.
- Luhmann N (1979) *Trust and Power*. New York: Wiley.
- Mackie, DM, Devos T and Smith ER (2000) Intergroup emotions: Explaining offensive action tendencies in an intergroup context. *Journal of Personality and Social Psychology* 79(4): 602–616.
- Marcus GE (2000) Emotions in politics. *Annual Review of Political Science* 3: 221–250.
- Marinetti C, Moore P, Lucas P and Parkinson B (2011) Emotions in social interactions: Unfolding emotional experience. In: Petta P et al. (eds) *Emotion-Oriented Systems, Cognitive Technologies*. Berlin: Springer-Verlag, pp. 31–46.
- Miller D (1998) *Shopping, Place, and Identity*. New York: Routledge.

- Ortony A, Clore GL and Collins A (1988) *The Cognitive Structure of Emotions*. New York: Cambridge University Press.
- Plutchik R (1980) *Emotion: A Psychoevolutionary Synthesis*. New York: Harper and Row.
- Retzinger SM (1991) Shame, anger, and conflict: Case study of emotional violence. *Journal of Family Violence* 6(1): 37–59.
- Schervish PG, Halnon RJ and Halnon KB (1996) Culture and emotion in Christmas: The elementary forms of the spiritual life. *International Journal of Sociology and Social Policy* 16(9/10): 144–170.
- Scheff TJ (1977) The distancing of emotion in ritual. *Current Anthropology* 18(3): 483–505.
- Scheff TJ (1988) Shame and conformity: The deference-emotion system. *American Sociological Review* 53: 395–406.
- Scheff TJ (1990) *Microsociology: Discourse, Emotion and Social Structure*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Scheff TJ (1994) *Bloody Revenge: Emotions, Nationalism, and War*. Boulder, CO: Westview.
- Scherer KR (2001) Appraisal considered as a process of multilevel sequential checking. In: Scherer KR, Schorr A and Johnstone T (eds) *Appraisal Processes in Emotion: Theory, Methods, Research*. Oxford: Oxford University Press, pp. 92–120.
- Schieman S (2006) Anger. In: Stets JE and Turner JH (eds) *Handbook of the Sociology of Emotions*. Boston, MA: Springer.
- Shields SA, Garner DN, Di Leone B and Hadley AM (2006) Gender and emotion. In: Stets JE and Turner JH (eds) *Handbook of the Sociology of Emotions*. Boston, MA: Springer.
- Shott S (1979) Emotion and social life: A symbolic interactionist analysis. *American Journal of Sociology* 84: 1317–1334.
- Smith A (1976 [1759]) *The Theory of Moral Sentiments*, ed. DD Raphael and AL Macfie. Oxford: Oxford University Press.
- Smith-Lovin L and Heise DR (1988) *Analyzing Social Interaction: Advances in Affect Control Theory*. New York: Gordon and Breach.
- Stets JE and Turner JH (eds) (2006) *Handbook of the Sociology of Emotions*. Boston, MA: Springer.
- Stets JE, Carter MJ, Harrod MM, Cerven C and Abrutyn S (2008) The moral identity, status, moral emotions and the normative order. In: Clay-Warner J and Robinson DT (eds) *Social Structure and Emotion*. London: Elsevier, pp. 227–251.
- Stryker S (2004) Integrating emotion into identity theory. *Advances in Group Processes* 21: 1–23.
- Summers-Effler E (2006) Ritual theory. In: Stets JE and Turner JH (eds) *Handbook of the Sociology of Emotions*. Boston, MA: Springer, pp. 135–154.
- Thamm R (2004) Towards a universal power and status theory of emotion. *Advances in Group Processes*, 21: 189–222.
- Thoits PA (1985) Self-labelling processes in mental illness: The role of emotional deviance. *American Journal of Sociology* 91(2): 221–249.
- Thoits PA (1989) The sociology of emotions. *Annual Review of Sociology* 15: 317–342.
- Tudor A (2003) A (macro) sociology of fear? *The Sociological Review* 51(2): 238–256.
- Turner JH (1999) Toward a general sociological theory of emotions. *Journal for the Theory of Social Behaviour* 29(2): 133–162.
- Turner JH (2008) Emotions and social structure: Toward a general sociological theory. In: Clay-Warner J and Robinson DT (eds) *Social Structure and Emotion*. London: Elsevier, pp. 319–342.
- Turner JH and Stets JE (2005) *The Sociology of Emotions*. New York: Cambridge University Press.
- Turner JH and Stets JE (2006) Sociological theories of human emotions. *Annual Review of Sociology* 32: 25–52.
- Weaver S (2010) The ‘Other’ laughs back: Humour and resistance in anti-racist comedy. *Sociology* 44(1): 31–48.
- Wharton AS (2009) The sociology of emotional labour. *Annual Review of Sociology* 35: 147–165.
- Yzerbyt V, Dumont M, Wigboldus D and Gordijn E (2003) I feel for us: The impact of categorization and identification on emotions and action tendencies. *British Journal of Social Psychology* 42(4): 533–549.

Eduardo Bericat es Catedrático de Sociología en la Universidad de Sevilla (España). Ha investigado y publicado sobre valores sociales, emociones, indicadores sociales y sociología visual. [email: ebericat@us.es]
